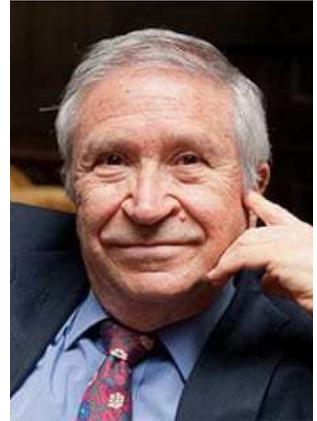


# Este otro Homero

Aníbal Salazar Anglada, Ph. D.<sup>1</sup>  
Universitat Ramon Llull  
Barcelona

**D**ecir que el mexicano Homero Aridjis es una de las voces preponderantes de la poesía hispánica contemporánea es decir muy poco o más bien nada, si no dotamos a estas palabras de un contenido preciso, relevante, y las usamos en cambio como mera etiqueta, según acostumbra a hacer el marketing editorial, que vacía de sentido aquello que toca. A sus casi ochenta años, Aridjis ha horadado, como el Odiseo de aquel otro Homero, todos los caminos vitales y literarios: desde la poesía hasta el cuento y la novela, desde el teatro al ensayo, sin olvidar una de las rutas esenciales de su ideario personal y de su obra: el ecologismo. Aunque, por encima de todo, el propio escritor se define a sí mismo como poeta, pues en cada cosa que escribe, en cada acto, allí está la poesía. El ecologismo es una forma de poesía, ha declarado Aridjis en alguna ocasión.



Nació en 1940 en Contepec, un pueblito rural del estado de Michoacán. Su madre, Josefina Fuentes Zaldívar, oriunda del pueblo, conoció en México capital, en una visita a la Catedral Metropolitana, a Nicias Aridjis Teologou, un griego que emigró de su país tras haber participado en la guerra contra los turcos. Se casaron y montaron en Contepec un almacén de textiles y enseres para el campo. Homero

---

<sup>1</sup> Aníbal Salazar Anglada es codirector de la Biblioteca de Autor dedicada a Homero Aridjis en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, inaugurada en 2015 ([http://www.cervantesvirtual.com/portales/homero\\_aridjis/](http://www.cervantesvirtual.com/portales/homero_aridjis/)). Asimismo, ha publicado en la madrileña editorial Cátedra una antología dedicada al autor: *Antología poética* (1960-2018).

Aridjis fue un niño raro, o al menos así lo sentía él, porque, más allá de compartir con sus amiguitos de la escuela las cosas normales de los chicos de su edad (jugar a la pelota, a los vaqueros con pistolas, ir al cine), veía a su alrededor algo que no veían los demás y que podemos cifrar en una palabra: la belleza, que el escritor traduce la mayor de las veces en luz. La luminiscencia rosa y malva de los cerros de su pueblo, paisaje de fondo de su niñez; el destello del aleteo de las mariposas *Monarca*, que, cosas del destino, con el tiempo se convertirán en símbolo de su lucha por la conservación del medio ambiente; sus primeros amores, callados, imaginarios, sin pecado, como esa Minerva que rememora en uno de los poemas –«Trece años y medio»– de su último libro, *La poesía llama* (2018). Un fogonazo –de nuevo la luz– marca a los diez años, casi once, su destino de escritor. En el patio trasero de la casa paterna, el niño andaba trasteando con una escopeta que tenía un hermano suyo para cazar patos. Homero vio a lo lejos acercarse una bandada de pájaros y apuntó con la escopeta a aquella nube negra en el cielo, pero instintivamente bajó el arma, con tan mala suerte que, al golpear la culata del rifle con el suelo, se escapó un disparo e hirió al chico en la mano y, más grave aun, en el estómago, sufriendo varias perforaciones internas que hicieron a los médicos presagiar lo peor. Tras un periplo dantesco por hospitales de provincia, el chico consiguió salvar la vida. Y algo más, que resultó ser vital: descubrió la magia de la literatura a partir de una serie de libros de aventuras que le compró su padre y que el hijo leyó en su larga convalecencia. Más tarde, al regresar al pueblo, nacerían los primeros versos. Convertido este delicado pasaje en rito de iniciación, Homero Aridjis ha recreado, de diversas formas, aquel hecho trascendental. En su largo poema «Autorretrato herido», la voz del hablante afirma: «Desde este momento seré otro. / Otro yo mismo. / La poesía me ha ganado. / Acostado en la cama estoy volando».

Determinado a convertirse en poeta, aquel muchacho de provincias cargado de sueños se traslada en 1957 al DF, hoy Ciudad de México, y se instala inicialmente en casa de una tía suya, Carmen Fuentes, hermana de su madre. En la capital, amén de inscribirse en una escuela de periodismo, Aridjis recorre las librerías, ávido de lecturas. Uno de los encargados de las librerías Zaplana, viendo en

el joven un afán inusitado por los libros, le recomienda que acuda al taller literario que tenía el maestro jalisco Juan José Arreola en la calle Río Volga, en la Colonia Cuauhtémoc. Sin pensárselo dos veces, Aridjis se presenta en dicho taller y muy pronto entabla amistad con Arreola, quien lo invita a su casa a jugar al ajedrez. Según ha relatado Aridjis, en realidad Arreola quiso hacer de él un campeón mundial del ajedrez, pero el joven michoacano rehusó tal pretensión, pues estaba empeñado en llegar a ser escritor. En el taller de Arreola se reúnen algunos jóvenes aspirantes a poeta o novelista en aquellos años finales de la década del 50 (José Agustín, Elena Poniatwska, Elsa Cross, Jorge Arturo Ojeda, entre otros). Además, en la planta superior del edificio estaba instalado el Centro Mexicano de Escritores (CME), por lo que, entre una cosa y otra, de repente Aridjis se vio metido en los círculos culturales capitalinos. Sus primeras muestras de poesía no dejaron diferente a nadie, de modo que, acaso sin esperarlo, muy pronto comenzaron a llegarle las oportunidades. En 1959, con apenas 19 años, gana la beca del CME, para la que competía con José Emilio Pacheco. En ese mismo año sucede un encuentro que será a la postre decisivo: Aridjis conoce a Octavio Paz, a quien más adelante enviará su largo poema *La tumba de Filidor* (1961). Para entonces, Aridjis había publicado un par de libros, pero será el segundo de ellos, *Los ojos desdoblados* (1960), el que muestre las hechuras de una promesa literaria. En 1962, poco antes de partir a la India para desempeñar un puesto diplomático, Paz declara al periódico *Excelsior* que el mejor poeta joven de México se llama Homero Aridjis. Estos señalamientos, nada inocentes, colocan al joven michoacano en el foco de todas las miradas, lo que le granjea admiraciones y enemistades. La cosa no queda ahí: poco tiempo después, Aridjis obtiene uno de los más altos galardones en México, el Premio Xavier Villaurrutia de poesía, por su libro *Mirándola dormir*, que publica la editorial Joaquín Mortiz. El jurado lo componían Carlos Pellicer, Rodolfo Usigli, Francisco Zendejas... y Octavio Paz. En 1966, se publica en Siglo XXI la importante antología *Poesía en movimiento*, que componen a cuatro manos Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Por una cuestión de azar, al ser el poeta más joven de los que reúne esta antología, y dados los criterios de ordenación del volumen,

aparece Aridjis situado en primer lugar, representado por unos cuantos poemas. En ese mismo año 66 tienen lugar algunos hechos que catapultan la trayectoria de Aridjis como hombre de letras. Viaja a los EE. UU., en donde imparte una serie de conferencias sobre poesía en diferentes universidades americanas (Queens, Yale, George Washington, Maryland...). En Nueva York, asiste al mítico Congreso del PEN, asociación de la que era por entonces presidente Arthur Miller. Y la que es tal vez la noticia más relevante para su entonces recién iniciada carrera: recibe la prestigiosa beca John Simon Guggenheim para escribir un nuevo libro de poemas. En este tiempo, Aridjis, junto a la que es ya por entonces su esposa y compañera inseparable, la neoyorquina Betty Ferber, emprende un viaje por Europa que favorecerá la entrada de nuevas corrientes de aire en su poesía.

La primera poesía de Aridjis, la que escribe y publica, digamos, en los años 60 y buena parte de los 70, posee un marcado tono y ritmo eróticos, a tal punto que la gran escritora uruguaya Cristina Peri Rossi, al calificar sus primeros libros, habla de Aridjis como un poeta *panerótico*. Por su parte, Carlos Monsiváis, en su reseña de *Mirándola dormir*, habla de «odisea erótica», y coloca al escritor michoacano en la misma línea de poesía erótica que va de Rebolledo a Paz. Es, claro, el tiempo de la juventud, que es el tiempo iniciático del amor y el sexo, de descubrimiento de ese oscuro objeto de deseo llamado «mujer», real, mítica, simbólica, imaginada, de carne y piel, de vello y huesos. Más adelante, Aridjis publica un libro que constituye un parteaguas en su trayectoria poética: *Quemar las naves* (1976). A partir de esta obra, el marcado erotismo que signó la etapa inicial de Aridjis se difumina y pasa a un segundo plano para dar protagonismo a la historia y al mito. El escritor mira por el retrovisor de los tiempos y enfoca en la conquista española de Tenochtitlan, y con ella, horada los mitos y leyendas del pueblo azteca: los dioses Huitzilopochtli, Quetzalcoatl, Tezcatlipoca, Catlicue, la fundación de la ciudad México-Tenochtitlan, la leyenda del Quinto Sol, que anuncia la destrucción del mundo a causa de un terrible terremoto... Todos estos mitos, fábulas y leyendas, y asimismo los que rodean la conquista de Hernán Cortés y el reino de la Nueva España, cobran vida en la poesía de Aridjis cuando irrumpen como temas poéticos

la empresa de Cortés y el mundo de los mexicas, del que fue señor y dueño el *tlatoani* Moctezuma. Asimismo, Aridjis adopta como tema poético los hechos de la Revolución mexicana, cuyos protagonistas emergen como fantasmas que atraviesan el tiempo y cabalgan nuestro presente.

A mitad de los años 80, una nueva línea de creación, el ecologismo, se dibuja en la poesía aridjisiana, y también en el teatro y en la novela, géneros estos que irrumpen en la obra de Aridjis a lo largo de la década. En 1985, el matrimonio Aridjis funda el Grupo de los Cien, aún en pie, llamado así porque en sus inicios los conforman un centenar de intelectuales y artistas, entre los que se cuentan Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Juan José Arreola, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Leonora Carrington, Francisco Toledo, Rufino Tamayo y un largo etcétera, y además, científicos de renombre internacional. En principio, esta plataforma ecologista nace con motivo de las alarmas ante la creciente polución de México capital, pero, enseguida, Aridjis emprende, contra viento y marea, la lucha en favor de algunas especies en peligro de extinción (la mariposa monarca, la ballena gris, la tortuga marina...) y de zonas verdes de gran impacto medioambiental (la Amazonia, la Selva Lacandona...). A medida que avanza la década del 80, y sobre todo en los 90, la poesía de Aridjis se reviste de un manto pesimista, no solo por la degradación del planeta, también por la amenaza nuclear durante la Guerra Fría. Las imágenes apocalípticas se suceden, pero se trata de un Apocalipsis nuevo en el que la mano ejecutora ya no es Dios sino el hombre mismo, principal actor en la ecología global: «Hecho el mundo llegó el hombre / con una hacha / con un arco / con un fusil / con una bomba / y armado de pies y manos / de malas intenciones y de dientes / mató al conejo / mató al águila / mató al tigre / mató a la ballena / mató al hombre». Los títulos de los poemarios que el autor publica en la década del 90 son harto significativos al respecto: *Imágenes para el fin del milenio* (1990), *Nueva expulsión del Paraíso* (1990), *El poeta en peligro de extinción* (1992). Tal vez para contrarrestar tanta desconfianza en la especie humana, Aridjis escribe *Tiempo de ángeles* (1994), en donde leemos: «Y Dios dijo: "El ángel, en este tiempo / de negrura que se aproxima, / sea el mensajero de la luz"».

En el primero de los dos poemas que presenta este número, «Los signos del juicio final, según Gonzalo de Berceo», justamente Aridjis retoma esta vieja preocupación milenarista del fin de los tiempos, que a los ojos del poeta michoacano se cifra en la destrucción de eso que llama en el poema «arca de la riqueza biótica», saqueada sistemáticamente por el hombre. Este poema apocalíptico debe ponerse en relación con aquellas composiciones de los años 90, como «Animalia», «Paraiso negro» o «Ángel ecológico», donde el poeta muestra la agonía de nuestro mundo por el agotamiento de los recursos naturales, y las consecuencias devastadoras de este hecho. «La ciudad no tenía agua / y la multitud era un delirio. / Nadie sabía de dónde salía tanta gente. / Todos venían a ver el fin del mundo. / Pero el fin del mundo no llegaba. / Llegaba el calor, llegaba la sed, / llegaba la muchedumbre».

En su etapa de madurez, a partir del libro *Ojos de otro mirar* (1998), Aridjis ensaya el autorretrato, influido sobre todo por la pintura, por artistas como Durero, Rembrandt, Goya o Van Gogh, cuyos autorretratos son conocidos. A Aridjis le asalta el problema de la identidad, del «yo» cambiante a lo largo del tiempo, en continuo movimiento, inasible, inapresable, falso, engañoso. Probablemente por esa imposibilidad de hablar de sí mismo, de autorretratarse como lo hace el pintor, el poeta acude a las máscaras. Así, en el segundo de los poemas de Aridjis, este adopta una voz lírica que toma prestada de la figura polémica de Santa Teresa («Yo, Teresa de Cepeda y Ahumada, / la monja de los arrobamientos»), para algunos una santa, para otros una hereje, una impostora. Podrían ensayarse algunas interpretaciones desde el punto de vista de la lectura crítica. Para empezar, el tema, el tiempo, responden al gusto de Homero Aridjis por la mística, que viene de lejos. La tradición mística española, sobre todo Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, ha inspirado una buena parte de la poesía de Aridjis, desde sus comienzos como poeta. En 1967, Aridjis conocerá en París a Henri Michaux, con quien hablará, entre otras cosas, de la poesía mística, pero no solo de la mística española, sino también de autores como Ruysbroeck o Swedenborg. Michaux se extrañó de que un escritor mexicano conociese a Ruysbroeck, el gran místico flamenco que tradujo al francés Maurice Maeterlinck, pues muchos belgas y franceses lo desconocían por completo en aquellos años 60. En sus

muchos viajes, el escritor mexicano suele llevar consigo, como un libro-amuleto, las *Obras* de San Juan de la Cruz publicadas en 1942 por la editorial mexicana Séneca bajo la dirección de José Bergamín. En otro nivel de cosas, podría pensarse en las similitudes del místico y el poeta, su ubicación respecto a la sociedad, máxime cuando la persona de Aridjis ha resultado siempre molesta al poder, pues han sido sonados sus enfrentamientos con los distintos Gobiernos nacionales con asunto de negocios corruptos que perjudicaban los ricos ecosistemas de México. Aridjis se ha mostrado beligerante ante los desmanes de los políticos nefastos, que en México son legión, lo que le ha valido al autor su apartamiento de la escena pública, el secuestro de sus libros, la desaparición misteriosa de los escaparates y ferias. En el poema «Epílogo», de *Diario de sueños* (2011), Aridjis arremete contra los poderosos que otorgan los laureles y que compran así el silencio en los espacios de la cultura: «Mientras Mandamases y Midas / otorgan premios y ascensos al Olimpo, / yo voy ufano con el cabello hirsuto. / Que el Mono, el Puerco y el Gusano / se metan los laureles por el culo, / yo he bajado de mi monumento».

Y ahí sigue Homero Aridjis, bajado de su monumento, con los pies en el suelo, puesta la mirada en todo lo poético, rebuscando en la luz, en peligro de extinción pero dando la batalla a sus casi ochenta años.